

Alma de Cumbres

José Serradilla

Platero
COOLBOOKS 

Título: Alma de Cumbres

Primera edición: diciembre, 2025

© 2025, del texto José Serradilla Castaño.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3191-2025

ISBN: 979-13-87720-52-0

*A Mariví, mi mujer,
a mis hijos Ricardo y Pedro,
a sus mujeres Laura y Ana,
a mis nietos Ana, Viví, Laura, Perico y Ricardo,
centros de mi vida y mi alma.*

*Un día salimos del pueblo,
pero el pueblo nunca sale
de nosotros.*

Alma de Cumbres

Alma de Cumbres no nace con la pretensión de ser considerada una obra relevante dentro de la literatura. Solo pretende, desde la humildad de un autor novel, recoger en unas líneas el conjunto de vivencias que conforman la vida de un pueblo, sus gentes, sus riquezas monumentales, sus costumbres; aquellos recuerdos que ocupan la mente cuando el sosiego se adueña de nuestros sentidos y vuelan como mariposas blancas en primavera.

A través de sus apartados veremos reflejados tanto hechos reales, momentos de la existencia de los cumbreños, como aquellos que la mente y la imaginación del autor traen a primer plano, como si en algún momento lo hubieran acompañado en el devenir de sus días.

Los personajes, las costumbres, los hechos que aquí se narran, son reales para el que escribe estas líneas; para el lector, si conoce la idiosincrasia del pueblo, no será difícil identificarlos, ponerles cara, revivir las situaciones que aquí se relatan. También aparecen personajes y situaciones que solo tienen existencia en su mente, aunque es posible hacerlos propios en las vivencias que aquí se relatan.

En definitiva, un pueblo, unas gentes, unas historias que son asumibles para el conocedor de sus vivencias, que forma parte de la vida real o imaginaria del autor.

Las personas que aparecen en los distintos capítulos, tanto si han fallecido como si se encuentran entre nosotros, siguen con sus nombres y por tanto identificables, aunque es posible que en algún momento sean sustituidos por otros, apodos o motes, por aquello de preservar el anonimato de algunas de las «hazañas» que aquí se mencionan.

Pedir perdón a aquellos que, mereciendo ser incluidos en algunas de las historias, por olvido o falta de información, no aparecen reflejados en estas líneas.

Espero que la lectura suponga para el lector momentos de solaz, paréntesis de la ajetreada vida que en estos tiempos nos acompaña.

Índice

Alma de Cumbres.....	9
Capítulo 1 El regreso.....	13
Capítulo 2 Martín.....	21
Capítulo 3 Remedios.....	31
Capítulo 4 Silverio.....	33
Capítulo 5 Reencuentros.....	37
Capítulo 6 El pueblo.....	43
Capítulo 7 Monumentos religiosos.....	51
Capítulo 8 Don Miguel.....	53
Capítulo 9 Doña Pilar.....	61
Capítulo 10 La escuela.....	63
Capítulo 11 Tiempo de juegos y sensaciones.....	71
Capítulo 12 Lecturas.....	81
Capítulo 13 Huellas en el frío.....	87
Capítulo 14 Guerra Civil.....	97
Capítulo 15 Alrededor de la muerte.....	125
Capítulo 16 Tardes de verano.....	131
Capítulo 17 Días de invierno.....	135
Capítulo 18 Embajadores en el frío.....	141
Capítulo 19 La niña.....	147
Capítulo 20 Lunes de Albillo.....	153

Capítulo 21 El Corpus.....	157
Capítulo 22 Los estudios de Miguel	165
Capítulo 23 Cumbres y su fama.....	177
Capítulo 24 La bici	181
Capítulo 25 Dones y doñas	187
Capítulo 26 Industriales y propietarios	189
Capítulo 27 Reflexiones	193
Capítulo 28 La guerra en Cumbres	199
Capítulo 29 Susurros en la noche.....	213
Capítulo 30 Colegio Menor.....	217
Capítulo 31 En Madrid	223
Capítulo 32 Días amargos	227
Capítulo 33 La vuelta a los orígenes.....	233
Apéndice 1 Monumentos religiosos.....	239

Capítulo 1

El regreso

Solo las campanadas del reloj de la torre de la iglesia rompieron el infinito silencio que se extendía bajo la espesa capa de niebla blanca.

Un fino manto de humedad se iba aposentando sobre las piedras, cubría los coches, daba un aspecto fantasmal a los focos de las pocas luces que había encontrado; humedeció el silencio y la sensación de pesimismo que le acompañaba se contagió al ambiente de las vacías calles.

Miguel, en la oscuridad de la habitación de la pensión del pueblo, tumbado en la cama con los ojos vagando entre las sombras y las figuras irreales que se iban formando en el techo, trataba de ordenar recuerdos, refrenar emociones, poner orden en el batiburrillo de sensaciones que acudían como bandadas de mariposas blancas a su mente. Sintió frío y, vestido como estaba, se tapó con la colcha de flores que cubría la cama.

Sus pensamientos pasaban, sin solución de continuidad, de los recuerdos de sus primeros años, a las vivencias próximas. Recordaba haber leído que cuando una persona sufre un accidente que pone en grave riesgo su vida, o cuando por una enfermedad alguien se encuentra próximo a su fin, en cuestión de segundos toda su existencia se representa mediante imágenes que pasan, igual que las hojas caídas en otoño se levantan y vuelan, jugueteando, un día de fuerte viento. Él no creía estar enfermo ni accidentado, pero todos sus recuerdos pasaban velozmente por su mente, veía el pasado con tal claridad que se diría estar en un presente continuo.

Desde hacía tiempo vivía en Madrid, trabajando en un despacho de

abogados con un amigo y compañero, Andrés. Ambos regentaban el bufete que había sido del padre de Andrés y, cuando falleció, los dos amigos, que trabajaban en él desde que terminaron la carrera, se hicieron cargo del mismo.

Por motivos profesionales, tuvo que desplazarse a Cádiz y, una vez finalizado el trabajo, pensaba quedarse un par de días en la Tacita de Plata, aunque, mientras tomaba un café en un bar, su mente se trasladó a Cumbres, su pueblo, y en un impulso de nostalgia decidió cambiar los planes y pasar ese par de días allí, pues hacía algún tiempo que no iba y tenía ganas de dar un abrazo a su padrino Silverio

A ello contribuyó en parte que, al salir de la Audiencia Provincial con el compañero que colaboraba en el procedimiento, este le preguntó que de dónde era; al contestarle que de Cumbres Mayores, le dijo que no podía irse sin comer en el mesón del mismo nombre, pues su cocina giraba en torno a los platos de su pueblo. Este restaurante lo había montado un cumbreño-gaditano llamado Isidoro Cárdeno, al que tendría que conocer. Miguel asintió, si bien antes quería pasar por el hotel para recoger sus cosas y salir para el pueblo tras la comida.

Así lo hizo; tras la comida salió en dirección a Cumbres, sintiendo la necesidad de encontrarse con un pasado que en las noches de soledad siempre le acompañaba; su infancia había transcurrido en aquel pueblo, sentía que tenía que volver para vagar con sus espectros por las mal empedradas calles.

En la autopista que le llevaba a Sevilla escuchaba sin atención la música de una emisora de música clásica mientras sus ojos, fijos en la carretera, recogían en sus retinas el amarillo intenso de las mimosas que iba dejando atrás, el verde de los pinares, los eucaliptos, un paisaje de viñas, tierras de regadío y suaves elevaciones en la lejanía.

Atravesar Sevilla, por las circunvalaciones inauguradas para la Exposición Universal de 1.992, se había convertido en un trance breve, al tomar uno de los puentes sobre el río y seguir las señales que le indicaban la dirección de Mérida. Recordaba el trayecto antiguo, con los problemas propios de sumergirse en el tráfico de Sevilla, siguiendo el margen del río, dejando a la izquierda los puentes del Generalísimo y Triana, la Torre del Oro; a la derecha la Maestranza, y tras la Estación de Córdoba, la ruta que

llevaría a Camas y Santiponce, en la carretera de Mérida.

Había un tráfico intenso, pues es conocido que los sevillanos huyen de la capital en los puentes y festividades, buscando las playas de Huelva, Cádiz o la Sierra de Huelva. Detuvo el coche en una venta antes de la desviación de la carretera de Aracena. Ocupó una mesa en el comedor cerca de la ventana desde donde se veía la carretera. Mientras esperaba que le sirvieran se paró a pensar por dónde le gustaría entrar en el pueblo; recordaba que a Cumbres Mayores se podía acceder por tres vías; una partía del cruce de la carretera de Huelva a Cáceres que había en Cumbres de Enmedio, al que se llegaba tras haber dejado atrás la Rivera de Huelva y la famosa cuesta de los Arriscaderos; tras pasar por La Lancha y la Cuesta del Valle y dejar a la izquierda la Ermita de la Esperanza, la Patrona, se abordaba el pueblo por la pronunciada Cuesta de la Magdalena. Otra vía de acceso era la carretera de Fuentes de León, en la provincia de Badajoz, que enlazaba con la carretera que unía Santa Olalla de Cala con Fregenal de la Sierra, vía esta última tradicional en los viajes a Sevilla. Finalmente, la menos usada era la que comunicaba Cumbres con Hinojales, pueblo cercano de la misma provincia, acceso que le traía recuerdos de largos paseos en los domingos de su infancia, tras la misa de la mañana, o los que se terciaban los días de vacaciones. Este camino era, quizás, el más tortuoso, de peor firme, con más curvas, pero, a cambio, tendría la primera visión del pueblo desde igual altura, pues desde el llamado Alto de Hinojales se divisaba el amplio valle que había entre dicho cerro y la elevación sobre la que se asentaba el pueblo. Finalmente optó por ir por el camino de mejor firme, el que pasaba por Aracena.

El salón de la venta se fue quedando vacío; llevaba un tiempo, quizás excesivo, para tomar un café, por lo que se acercó a la barra a pagar, pues se sintió observado por los camareros, deseosos de cerrar la tarde y extrañados de tan larga sobremesa en un restaurante de carretera. Salió al exterior agradeciendo la suave brisa que traía olores de sierra en primavera pujante tras las abundantes lluvias de abril y reemprendió el camino que le llevaría a su pueblo.

La rojiza tarde de otoño comenzaba a caer, mientras los cerros poblados de encinas se iban acercando a medida que el coche se adentraba en la sierra.

A lo lejos, algunas manchas blancas de pequeños pueblos emergían entre los verdes encinares, enhiestos sobre el manto verde, verde hierba, que las últimas lluvias habían arrancado de las entrañas de la tierra, desplazando el tono pardo y seco del paisaje.

Un leve frescor hizo bajar la temperatura en el termómetro del coche; al abrir la ventanilla y reducir la velocidad, pudo percibirse el olor a tierra mojada, al aire limpio y fresco de la sierra; olor a flores, árboles, jaras; olor reconocido en lo más profundo de la memoria, evocador de imágenes infantiles, de tiempos añorados, de vivencias perdidas, de caras, gestos y sonidos que quedaron atrás a medida que las canas teñían nuestras sienes y el tiempo y la experiencia se iban apropiando de nuestras fuerzas.

Pasado Aracena, con su castillo enseñoreándose en las alturas, comienza el desfile de castaños y chopos, con sus mil tonalidades verdes, ocre, amarillas...; disfrute para la vista y la sensibilidad, inapreciable riqueza cromática que vamos dejando atrás a medida que las señales de la carretera nos muestran nombres familiares: Fuenteheridos, Galaroza, Los Marines, Valdelarco, Navahermosa... Aún pasa la carretera por Galaroza, calles estrechas, frescor entre sierras, árboles, árboles, paisaje frondoso, alivio de caminantes en verano, cerámica, nueces, castañas, peros; un fandango que en algunas ocasiones se pudo escuchar y que decía:

Galaroza para peros,
Segura para piñones,
y el que quiera ver mujeres
que venga a Cumbres Mayores
lo mejor del mundo entero.

A la salida de Galaroza se toma el desvío para Cumbres; el corazón se acelera por la proximidad de la tierra propia. Cambia el paisaje; la vegetación, a lo lejos, se hace más monótona, se suceden los olivos, encinas y eucaliptos escoltando la carretera que serpentea paralela a la Rivera, en la que altos y variados chopos hacen intuir el cauce del río, apelativo que quizás venga grande al agua que discurre pacífica y escasa buscando un hermano mayor que le lleve al Atlántico.

La sinuosidad de la carretera hace necesario disminuir la velocidad,

lo cual propicia que afloren sin cesar imágenes y recuerdos de excursiones en tórridos días de verano, a la búsqueda del bálsamo refrescante de las mansas y escasas aguas de la Rivera. Comidas en grupo en el que cada cual aportaba lo mejor de las cestas y neveras: sabores perdidos de embutidos, tortillas, ensaladillas, filetes empanados...

Una vez se pasa el puente sobre el río Frío, la vista se desvía a la izquierda, buscando, entre jaras y cortados del monte, el trazado de la antigua carretera, de los Arriscaderos; terrorífica sucesión de curvas y estrecheces, trampas en forma de baches sembrados por doquier, piedras sueltas... en algún lugar, una fuentecilla salía a la cuneta. Atrás había quedado la Fuente del Agua Buena, filtrada directamente del monte que sobre ella se eleva, parada de viajes largos, descanso de curvas y tensiones; actualmente un cartel advierte de la no potabilidad del agua, pero nadie hace caso, sigue siendo la misma de siempre, aunque es verdad que nosotros somos cada vez más vulnerables a las fuerzas de la naturaleza en la que parece que vivimos de prestado.

La cuesta se empina, se alarga hasta la desviación que nos conduce a Cumbres; después, todo es más rápido, una curva pronunciada nos pone ya en el último camino: Cuesta de la Aldea, Llano de la Lancha, con una de las mejores vistas de Cumbres, con la iglesia y el castillo desafiando las alturas, y a sus pies, desparramadas, casas y olivos se suceden en su proximidad. Cuesta del Valle, con su peligrosa curva hoy rectificada. Al coronarla aparece la Ermita de la Virgen, saludo íntimo a la Madre y Patrona, Cuesta de la Magdalena, donde las piernas se rompían en aquellos agotadores paseos, tras cuestas y cuestas, sin concesiones a la debilidad.

Arriba, al fin, el pueblo; las primeras casas dan la bienvenida al viajero, las emociones se agolpan una vez más en su corazón al llegar a la tierra que lo vio nacer, donde se crio, recipiente donde se cocieron tantas y tantas experiencias que son la forja de una personalidad que le es propia. La madre tierra acoge con sus caras, esquinas, calles conocidas; paisajes estampados a fuego en la memoria que nunca se borra.

Pasaban las siete de la tarde cuando llegó al primer descanso, detuvo el coche, aparcó en el arcén, bajó y fijó la mirada en la carretera y en las casas que ocultaban la impresionante figura de la fortaleza de Sancho IV el Bravo junto a la iglesia, ambas en lo más alto del monte y alrededor

de las cuales se derramaban las casas del pueblo. Pensó acercarse hasta el segundo descanso para disfrutar de la vista del valle, la estación de ferrocarril, las construcciones aisladas que recordaba como cebaderos de cerdos, pequeñas huertas y sobre todo el campo, plétórico de trigo y otros cereales, amapolas, margaritas, lirios y el olor a jara que ascendía hasta donde se encontraba. El sol se ponía cerca de la iglesia; el cielo rojo vetado de naranjas y celestes le trajo evocaciones de asombros infantiles ante el espectáculo que con alguna frecuencia ofrecía el atardecer del pueblo.

Recordó cuando siendo pequeño, tras padecer la tosferina, alguna vez lo llevaron al Alto de Hinojales para que respirara aire puro; sonrió al pensar que alguien pudiera hablar de aire viciado en Cumbres a principios de los cincuenta.

Ante sus ojos, una paz inmensa parecía haberse depositado en el ambiente. El silencio, solo roto por algún mugido de las vacas, por los campanillos de vacas y ovejas que compartían la zona con los cochinos de un cercano cebadero, podía percibirse como algo sustancial al paisaje. La brisa vespertina movía acompasadamente las hierbas que crecían en el campo, y le trajo el recuerdo de los tallos de las jaras que abundaban en la falda el Alto de Hinojales, en cuyos extremos pendían los frutos, que por su forma globulosa servían de juguete en su infancia, haciéndolas girar sobre un trocito de su tallo como si fueran peonzas.

Miró al cielo y vio cómo, a medida que iba oscureciendo, unas nubes ocupaban el espacio multicolor que poco antes le había maravillado; en el fondo del valle una fina capa de niebla pareció extenderse a lo largo de la vía del tren para ir subiendo y ocultando la base del monte sobre el que se asentaba el pueblo.

Comenzó a sentir frío; arrancó el coche y volvió al pueblo, se detuvo a la entrada, en un bar que desconocía, tomó un café y preguntó dónde podría alojarse. Tuvo suerte, pues cerca de allí estaba la única pensión del pueblo; le indicaron que preguntara por Juanita, y allí se encaminó contando las puertas, pues no encontró ningún cartel que delatara la existencia de alojamiento alguno. No hubo problemas, el marido de Juanita le asignó una habitación con una ventana que daba a la calle por la que había llegado, le proporcionó toallas y cerró la puerta al salir. Reconoció a Juanita y a Juan José como las personas que vendían el café portugués, el

único que se encontraba en el pueblo y que, por tanto, a pesar de que era *vox populi* que se traía de contrabando, consumían hasta en el cuartel de la Guardia Civil. Vació la maleta en el armario de madera, colgó la funda con la americana y se echó en la cama, haciendo tiempo para esperar la noche. Sumido en sus pensamientos, la acidez de unas lágrimas le irritaron los ojos y finalmente se dio la vuelta para ahogar en la almohada los sollozos que rompieron sin freno, largo tiempo contenidos, mezcolanza de silencios, rabia, desesperación y pena; pena honda y larga.

Miguel había nacido en Cumbres Mayores, en la Sierra de Aracena, al norte de la provincia de Huelva, a mediados de la década de los años cuarenta, hijo de Martín y de Remedios, ambos nacidos y criados en otros pueblos. Allí se había criado, había asistido a las clases en la escuela, a las clases particulares de D. Eugenio, a la doctrina con D. Miguel...

Allí habían estado sus primeros y mejores amigos. Allí se había forjado su vida, labrado su futuro, modelada su personalidad; allí se había forjado un cumbreño que todos los días acariciaba y se regodeaba con algún recuerdo. Un cumbreño que, parodiando a la santa, vivía sin vivir allí.

Capítulo 2

Martín

Martín procedía de un pueblo cercano a la zona minera de la misma provincia, donde los avatares de la Guerra Civil se tradujeron en una pesada losa que la memoria colectiva trataba de sepultar en lo más hondo de los corazones.

Cuando se presentaba algún contratiempo, maldecía entre dientes el resultado de la guerra; como tantos otros, había confiado en que la República arreglaría las desigualdades; había oído que un hombre que trabajara tendría la seguridad de que no le faltaría el pan para sus hijos, las medicinas y una buena educación y estudios los que valieran para ello.

Pensaba que la tierra, bien trabajada por sus dueños, rendiría mucho más que cuando lo hacían jornaleros mal pagados, de mala gana, mascullando en silencio contra el amo; que cultivaban las tierras de otro a sabiendas de recibir la peor parte, cuando todo había salido de su esfuerzo.

Recordaba que un comunista de su pueblo en un mitin dijo que el capital no producía nada, que si tú enterrabas el dinero, al cabo del tiempo tenías el mismo dinero; solo producía el trabajo del hombre, por lo que el beneficio debía ser para el trabajador, no para el capital que los ricos habían conseguido con el sudor de los pobres.

Había nacido en un pueblo cercano a la zona minera de Huelva cuyo nombre luchaba por olvidar. Su padre, jornalero, le puso a trabajar en el campo cuando tenía doce años, pues hacía falta arrimar un jornal a la casa, aunque fuera escaso, y prefería cualquier cosa antes que dejarse los

pulmones y la salud en la mina. Escaso el jornal, no la faena, que comenzaba al alba, saliendo a apostarse a la puerta del ayuntamiento, en la plaza del pueblo, esperando que apareciesen los capataces de las dos únicas fincas que empleaban jornaleros del lugar. Los hombres, arrimados a la pared, aguardaban la llegada a caballo del señor Nicasio, el capataz de la Hermosilla, la finca de D. Raimundo Herrera, o el señor Andrés, capataz de la finca Los Herrumbrales, propiedad de D. Santiago Hinojosa; estos señalaban con el dedo, «¡tú!», y el designado daba un paso al frente.

Cuando terminaba el escogimiento salían camino de la finca con un pequeño costal al hombro donde las madres o las mujeres habían puesto un cacho de pan, otro de tocino y un poco de queso; en los cortijos, a veces caían los avíos para hacer un gazpacho que todos tomaban del mismo cuenco, cada uno con su cuchara de madera por el sistema de cucharada y paso atrás. En ocasiones, cuando los trabajos en las fincas se presentaban por temporadas, el capataz les decía que volvieran al día siguiente, con lo cual se ahorran la espera en el ayuntamiento y el capataz la bajada al pueblo en busca de jornaleros.

Martín, a pesar de su corta edad, sentía un amargo resquemor, una degradación al apoyarse en la pared y esperar que el capricho del capataz le señalara; experimentaba la sensación de que lo trataban como si fuese un animal, un esclavo. Miraba los ojos cansinos, apagados, de los jornaleros mayores, en los que había desaparecido la esperanza sin ser sustituida, al menos, por el odio. Se hacía el firme propósito de que aquello tendría que cambiar, al menos en lo referente a él.

La mayoría de los que no eran escogidos para el trabajo salían al campo igualmente, unos cogían espárragos, otros aceitunas, otros intentaban poner trampas para coger algún animal que llevar a la perola. Algunos buscaban a los albañiles para ver si les hacía falta alguien para acarrear materiales a las obras o cualquier tipo de ayuda. Al final, quizás porque siempre hay un trabajo esperando a cada hombre, casi todos encontraban algo y como si fuera un cumplimiento del Dios proveerá, la mayoría aparecían en su casa con las cuatro perras en que se valoraba su esfuerzo.

A Martín le gustaba más trabajar en Los Herrumbrales porque era una finca bonita, con una extensión enorme que se expandía desde la ladera de la sierra hasta los límites del vecino pueblo; tenía un bosque de

pinos, no muy grande, pero suficiente para guarecerse de los calores del verano, un pequeño riachuelo, enormes trigales y otras siembras. Cerca del riachuelo estaba el cortijo, rodeado de un alto muro de piedra dentro del cual se levantaba una casa preciosa, con un porche lleno de macetas, la hiedra que subía cubriendo las paredes, una fuente en el centro y un jardín con flores de todas clases. Cuando D. Santiago o alguno de sus familiares estaban en el cortijo no se les permitía entrar en esa zona, solo podían ir por una puerta lateral abierta en el muro, al oeste, a la nave donde se guardaban los aperos de labranza.

El señor Andrés, el capataz, aunque de carácter adusto, en el fondo no era mala persona; siempre procuraba incluir entre los designados a alguien que por su edad no tenía muchas posibilidades de buscarse la vida por otro lado, y eso era de agradecer en unos tiempos en los que si no trabajabas no comías. Decían que había sido guardia civil, que lo echaron por una pelea que tuvo con un sargento que intentó propasarse con la muchacha que cortejaba en Bailén, que se había ido a trabajar de guarda a una fábrica de Barcelona hasta que se vino para Andalucía cuando conoció a don Santiago Hinojosa, que estaba visitando la fábrica y le llamó la atención su acento andaluz; don Santiago lo tuvo a prueba de encargado de una de las cuadrillas que trabajaban en la finca y más tarde lo hizo su capataz y hombre de confianza.

El señor Nicasio, capataz de la Hermosilla, era una mala persona. Nadie sabe qué le habría ocurrido en el pasado, pero la mala leche que destilaba no era normal. Trataba a la gente que tomaba a sus órdenes como si fueran esclavos, no los dejaba de vigilar un momento, y cuando te incorporabas a secarte el sudor y a estirar el lomo, ya lo tenías encima para echarte la bronca y decirte que eras un perro, que no te gustaba trabajar y que no te merecías el jornal, más mísero que otra cosa, que te llevabas a casa al final del día. Le gustaba pasar entre los trabajadores montado a caballo, con la fusta en la mano derecha, amenazante. Muchos de los que tenían que trabajar a sus órdenes murmuraban entre dientes que algún día le ajustarían las cuentas, sobre todo aquellos que veían su mirar baboso puesto en las novias y mujeres que a veces acompañaban las faenas. Solo bajaba al pueblo a buscar a los jornaleros, a acompañar a los señoritos cuando se dignaban a dejarse ver por el lugar, o muy raras veces, haciendo

de perro guardián de su mujer y su hija, cuando estas tenían que acercarse para comprar algunas cosas que no podían conseguir mediante encargos a los criados de la finca que se ocupaban del abastecimiento de la casa. Martín procuraba pasar desapercibido cuando había tenido que trabajar en la Hermosilla, a pesar de lo cual un escalofrío había recorrido a veces su espalda al no ser capaz de interpretar por qué fijaba su mirada en él. En el fondo, como la mayoría de los que habían trabajado con el señor Nicasio, le tenían miedo, asco, repugnancia; al mismo tiempo; un deleite secreto les decía que algún día ajustarían cuentas y le pondrían en su sitio.

Al finalizar la guerra civil, y ante la falta de oportunidades en su pueblo y el ambiente que se generó debido a las consecuencias de dicha guerra, Martín decidió buscarse la vida por otros lugares. Le habían hablado de las posibilidades de encontrar trabajo en Cumbres Mayores, por lo que se decidió a probar suerte en ese pueblo en el que había oído que allí, al menos, no faltaba algo que comer, debido a la industria chacinera que con esfuerzo y tesón enriqueció a algunos en pocos años.

Buscó trabajo en algunos mataderos y finalmente lo admitieron en uno de ellos, de los más importantes según pudo conocer después, aunque sería un trabajo esporádico, cuando lo necesitaran para hacer frente a las tareas que traían consigo las matanzas y épocas de mayor trabajo. Aceptó Martín e hizo suyo aquel principio que ponía en manos de la Providencia Divina la solución a los problemas de los hombres, aquello de «Dios proveerá».

Martín recordaba cómo en aquellos largos días de su pueblo en los que no daban jornales, huía de pasar las horas en las tabernas; siempre que podía iba a casa de tío Eustaquio, el sillero del pueblo; este, hombre de fácil conversación y curtido por esa filosofía profunda y popular que se incrusta en aquellos que trabajan solos, le acogía como un discípulo, le hablaba mientras la colilla apagada del cigarro liado permanecía pegada al labio inferior, amarillento y aplastado, le aconsejaba y de camino le iba enseñando los secretos de lo que él llamaba la artesanía de la silla.

Martín se iba integrando en el pueblo, confraternizando con su gente, había veces que sentía como si hubiera nacido y se hubiera criado en Cumbres. A poco de llegar, estableció amistad con un lugareño, Silverio, a quien conoció en un bar que por las tardes se llenaba de hombres que, en

animadas charlas o cabizbajos y meditabundos, pasaban el tiempo tomándose unos vasos del tinto que traían de la provincia cercana de Badajoz. Las tertulias duraban hasta que llegaba la hora de retirarse a casa, donde las mujeres ya tendrían preparadas las escasas vituallas que componían la cena. Martín y Silverio consolidaron una buena amistad, pues eran dos buenas personas sin egoísmos ni idealismos extremos.

Al poco tiempo, al enterarse Silverio de que Martín vivía en un cuartucho que le habían dejado, lo llevó a una casa de la calle Cruces que había heredado de una tía y se la ofreció, no sin antes advertirle la enorme tarea que tendría su acondicionamiento como vivienda, pues llevaba varios años abandonada.

Allí se trasladó Martín y en los tiempos que no trabajaba en los mataderos, se dedicó en cuerpo y alma a su arreglo, buscando materiales y muebles viejos que restauró, pues tenía buenas manos para ello. A los pocos meses la casa estaba habitable y amueblada, con modestia pero con decoro.

Martín, en Cumbres, trabajaba esporádicamente en las matanzas, pero al enterarse de que allí no había nadie que arreglara las sillas, pues venía de vez en cuando un sillero de Higuera la Real que las recogía y las devolvía arregladas al cabo del tiempo, decidió dedicarse al oficio que aprendió del tío Eustaquio. Al principio siguió en los mataderos y por las noches y los domingos arreglaba las pocas sillas que le traían; más tarde aumentó el trabajo y en ocasiones tuvo que renunciar al trabajo en la matanza, pues no daba abasto y además le gustaba este trabajo, más independiente y no sometido a las órdenes del dueño o del encargado.

Cuando el calor iba abandonando el ambiente y el verano iba diciendo adiós, a principios de septiembre, Martín iba a las orillas del Sillo y del río Frío y segaba la anea, que trasladaba a su casa en un burro que le prestaba su amigo Silverio, el que más tarde sería el padrino de su hijo Miguel. La anea la extendía, como si fuera un abanico, durante ocho o nueve días para que se secara, después le daba la vuelta y la tenía otros cuatro o cinco días. Una vez cortada por la mitad, estaba lista para ir trenzándola y dando forma a los asientos de las sillas, sillones o las banquetas que le traían. En alguna ocasión, cuando le encargaban la reparación de un conjunto sevillano, se trasladaba a la casa del cliente y le hacía allí el trabajo.

El trabajo no era fácil, requería una gran fuerza en las manos para dominar la anea y adaptarla a los moldes de las sillas sin romper la uniformidad de las hijas, y terminaba con dolores en la espalda a causa de la postura, a pesar de lo cual, estaba muy mal pagado, pues si en arreglar una silla tardaba dos o tres horas, el precio del trabajo era un duro o dos, dependiendo del tamaño, con lo cual tenía que echar muchas horas para sacar unas perras, que añadidos al jornal del matadero cuando trabajaba allí y, una vez casado, unido al sueldo de Remedios, su mujer, les permitía ir saliendo a flote.

Ya establecido en la que sería su casa, en el baile del paseo de las primeras fiestas del Corpus que pasó en el pueblo, conoció a Remedios, forastera como él, pues había nacido en Fregenal, que trabajaba en una casa de sirvienta y a los dos años de novios, se casaron y se fueron a vivir en la casa de la calle Cruces que en su día le había cedido Silverio.

A pesar de ello, la situación económica en casa de Martín era precaria; el trabajo de Remedios y las ayudas de doña Pilar, la señora de la casa donde trabajaba Remedios, aliviaban la situación, pero no les permitía lujos de ningún tipo; sin embargo, no se quejaban, pues miraban alrededor y todos estaban en la misma situación, al menos él era independiente y se sentía libre cuando trabajaba en su casa a su aire y sin nadie dándole órdenes, a veces hasta con malos modos.

Los tiempos que se vivían eran muy duros para los que solo tenían como fuente de ingresos el trabajo, aunque las consecuencias del desabastecimiento de alimentos, tras la Guerra Civil no se notaban en exceso en Cumbres; la clase trabajadora llevaba sobre sus carnes la falta de protección social, los bajos salarios, la inestabilidad en el empleo, el incumplimiento de los horarios de trabajo y hasta algún caso de empresario que no era muy estimado debido al mal trato a sus trabajadores.

La industria chacinera al menos proporcionaba la base de la alimentación, ante la falta de verduras y legumbres propias de tierras con abundante agua; el tocino, los chorizos y otras carnes constituían la fuente alimentaria, bien solas, bien acompañando a los guisos tradicionales. Café portugués traído de contrabando, mucho pan y poca fruta, completaban la dieta normal, enriquecida en verano con el gazpacho, plato casi diario en todas las mesas.

A pesar de la cercanía de Huelva, en Cumbres entraba muy poco pescado y de poca calidad, brecas, sardinas, pescadillas, etc., lo cual completaba el abanico de posibles adquisiciones para la cesta de la compra.

En casa de Miguel se comía mucho puchero, con garbanzos duros y ásperos, decían que por el agua. La madre lo ponía al fuego por la mañana, antes de ir a trabajar, y el padre cuidaba de que no se apagara, reponiendo el carbón en el anafe, utilizando el soplillo de esparto para avivar el fuego cuando decaía, y añadiendo agua si se consumía en exceso. En verano, él mismo hacía el gazpacho, majando los componentes en el almirez y dejando para el final el añadir el agua y la sal, toque que ponía la madre cuando volvía apresuradamente para comer en familia.

Nació Miguel, fueron pasando los años y cuando ya iba a la escuela se enorgullecía de que su padre trabajara en casa, pues muchos de sus compañeros de clase, cuando llegaban las épocas en las que trabajaban el padre y la madre, bien en las faenas en el campo o cuando había mucha tarea en las matanzas, tenían que quedarse en casa cuidando el puchero o a los hermanos pequeños, perdiendo horas de clase y juegos, además de envidiar a los amigos que podían hacer vida de niños. No era infrecuente que, sobre todo en las faenas del campo, a veces acudieran los niños a ganar un jornal, necesario en casa. Peor lo tenían las niñas, que no solo cubrían la mayoría de estas ausencias de la madre en casa, sino que en cuanto tenían un poco de edad y cuerpo, o bien se quedaban a ayudar en casa, o se iban a trabajar a la matanza, a servir en una casa o a ayudar en el campo, si el padre era un pequeño agricultor o empleado de alguna de las fincas de las proximidades.

Cuando Miguel abandonó la escuela para estudiar bachiller, al poco tiempo veía a sus compañeros de clase con los monos azules, remendados y con las manchas de grasas del trabajo en un matadero, de peones de albañil, acarreando esportones o manejando un carrillo de arena o ladrillos; otros abandonaban el pueblo por la mañana para acudir a trabajar al campo y regresar por la tarde, andando o montados en burros, todos ellos sin los descansos actuales, a veces resignados, a veces soñando un futuro que no pasaba por seguir viviendo en el pueblo.

Miguel recuerda el comienzo de la sangría que supuso para los pueblos el fenómeno de la emigración, la búsqueda de unos ingresos que

permitieran a las familias vivir con cierta holgura, sin las estrecheces habituales. El llamado Placeres fue el primero que se marchó a trabajar a Alemania; alto, de buena planta, aficionado a arriesgar en las capeas de las fiestas. Los primeros emigrantes podría considerarse que eran auténticos héroes, pues emprendían la aventura en el extranjero sin conocer ni idioma ni costumbres y sin la protección que vino después a través de las embajadas y las Casas de España; solos, a pecho descubierto, buscando trabajo en un medio a veces hostil.

Cuando Placeres volvió por primera vez al pueblo fue una conmoción; su ropa elegante, sus camisas blancas con la manga arremangada, el Mercedes, quizás alquilado para el viaje, el dinero que manejaba, lo que contaba acerca de las costumbres alemanas, de lo que se ganaba, de la cantidad de trabajo que se podía hacer. Ojos abiertos en los bares, propósitos de arrancar del pueblo, de aventuras lejanas, de futura prosperidad. Comenzó el rosario de despedidas, de llantos en la estación, de maletas atadas con cuerdas y chorizos en el interior. Almas nobles, decididas a romper con las miserias que atesoraban. Después, regresaban como nuevos ricos, daba envidia verlos, con sus sombreros tiroleses, sus ropas nuevas, sus aventuras que encandilaban a los que se habían quedado, su mirar por encima a los que hasta hacía poco miraban desde abajo; el trabajo mejor remunerado, la convivencia con otras culturas les hacía sentirse más libres en aquella España que intentaba abrirse un hueco al desarrollo. Las cartillas iban engordando, mandaban casi todo lo que ganaban; al tiempo que algunas casas se arreglaban, el país disponía de unas entradas de divisas que favorecieron el despuntar del desarrollo.

No se escuchaban quejas de los problemas que tenían, principalmente con el idioma, con una sociedad a veces hostil, que los trataba como seres inferiores, condiciones de vida que no soportarían en su tierra, viviendo en barracones, mal alimentados, doblando horarios; eso quedaba para rumiarlo, para justificar las negativas a invitar a alguno que les pedía un vaso de vino en un bar, para acrecentar la fuerza que desde que salieron del pueblo les iba creciendo y que les impelía a volver a su casa, con sus gentes, a su tierra.

Lo que comenzó con la emigración a Alemania, siguió con Suiza, Francia, Barcelona, Valencia, Madrid, y el pueblo se fue desangrando

hasta llegar a perder la mitad de sus habitantes, bueno, perder, lo que se dice perder, no, pues cada vez había más construcciones y más arreglos de casas: casi todos quieren tener su casa en el pueblo, dando la razón a aquel fandango que terminaba «nunca está mejor un árbol, que en tierra donde se cría».

Martín, en alguna ocasión, estuvo tentado de irse, pero Remedios le convenció para que no lo hiciese; era mujer que prefería tener la familia unida, el marido en casa y tres perras gordas en el bolsillo, a la dureza de la separación, de verse una vez al año, de criar al niño sola, de pasar las largas noches buscando el cuerpo amado y amigo. Estaban bien así.

Martín, a veces, con el cigarrillo en la boca y los ojos entrecerrados por el humo, recordaba con cierto temor la visita que recibió al poco de llegar, del sargento de la Guardia Civil acompañado de un número del cuerpo. Le preguntaron por su origen, su actividad durante la Guerra Civil y le pidieron la cédula de identificación y los papeles que tuviese; no debió convencerles mucho su explicación, pues dijeron al marcharse que comprobarían los datos y que procurara mantenerse alejado de cualquier actividad que pudiera considerarse contraria al Régimen, añadiendo que aquel era un pueblo tranquilo y que seguiría siéndolo, que los rojos que habían sobrevivido a la guerra estaban controlados y que no permitirían el menor indicio de subversión. Al despedirse, el sargento le dijo que más adelante hablarían, que no se moviera del pueblo y que llevase una vida normal.

Al marcharse, el desasosiego y el temor que estas visitas producían acentuaron su pesimismo. Se preguntaba hasta cuándo habría que seguir sufriendo por los errores de unas gentes que solo sabía arreglar sus problemas a tiros o abriendo las navajas; un pueblo que se cuidaba mucho de aplastar al vencido hasta enterrarlo, sin darse cuenta de que estaba sembrando la semilla que produciría sus frutos más tarde o más temprano. En realidad no debería preocuparse, pues nunca había destacado en la cuestión política y, en caso de necesidad, tenía en su pueblo el apoyo del cura, el cual le respaldaría, como ya hizo cuando la depuración a la que muchos tuvieron que someterse tras la toma del pueblo por los nacionales, tras días de sangre y terror para los finalmente vencidos, aunque conservando la silenciosa esperanza en un futuro de igualdad y progreso.

